

1. **Leer** – Lea los versos despacio y con devoción, varias veces. Escriba cualquier palabra o frase que haya resonado más en su mente y corazón:

2. **Meditar** – Ahora, comience a reflexionar sobre los versos leídos y pregúntele a Dios qué quiere decirle a través del pasaje bíblico. **¿Señor, que me estás diciendo con esto?**

3. **Reza** – Responde desde tu corazón a lo que Dios te ha estado hablando. **¿Qué es lo que quieres decirme?** Escribe tu oración al Señor o anota lo que sientas te ha hablado.

4. **Contempla** – Quédate en silencio y disfruta de Su Paz y Su Presencia. **¿Cómo esta Dios llamándote a actuar en respuesta a lo que te ha mostrado y enseñado?**

Fast.
Free.
Faithful.
Linktoliturgy.com



¡Conexión Directa!

¿Qué dice el Evangelio según Lucas 7:36-8:3 pg. 1
¿Qué dice la Iglesia del pasado y el presente? - pg. 2-3
¿Qué te dice Dios a través de este pasaje? - pg. 4

Lectura del Evangelio – Lucas 7:36-8:3 – Misal Romano

En aquel tiempo, un fariseo invitó a Jesús a comer con él. Jesús fue a la casa del fariseo y se sentó a la mesa. Una mujer de mala vida en aquella ciudad, cuando supo que Jesús iba a comer ese día en casa del fariseo, tomó consigo un frasco de alabastro con perfume, fue y se puso detrás de Jesús, y comenzó a llorar, y con sus lágrimas bañaba sus pies, los enjugó con su cabellera, los besó y los ungió con el perfume. Viendo esto, el fariseo que lo había invitado comenzó a pensar: “Si este hombre fuera profeta, sabría qué clase de mujer es la que lo está tocando; sabría que es una pecadora”. Entonces Jesús le dijo: “Simón, tengo algo que decirte”. El fariseo contestó: “Dímelo, Maestro”. Él le dijo: “Dos hombres le debían dinero a un prestamista. Uno le debía quinientos denarios y el otro, cincuenta. Como no tenían con qué pagarle, les perdonó la deuda a los dos. ¿Cuál de ellos lo amará más?” Simón le respondió: “Supongo que aquel a quien le perdonó más”. Entonces Jesús le dijo: “Has juzgado bien”. Luego, señalando a la mujer, dijo a Simón: “¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y tú no me ofreciste agua para los pies, mientras que ella me los ha bañado con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de saludo; ella, en cambio, desde que entró, no ha dejado de besar mis pies. Tú no ungiste con aceite mi cabeza; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por lo cual, yo te digo: sus pecados, que son muchos, le han quedado perdonados, porque ha amado mucho. En cambio, al que poco se le perdona, poco ama”. Luego le dijo a la mujer: “Tus pecados te han quedado perdonados”. Los invitados empezaron a preguntarse a sí mismos: “¿Quién es éste, que hasta los pecados perdona?” Jesús le dijo a la mujer: “Tu fe te ha salvado; vete en paz”. Después de esto, Jesús comenzó a recorrer ciudades y poblados predicando la buena nueva del Reino de Dios. Lo acompañaban los Doce y algunas mujeres que habían sido libradas de espíritus malignos y curadas de varias enfermedades. Entre ellas iban María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, el administrador de Herodes; Susana y otras muchas, que los ayudaban con sus propios bienes.

Lectura Espiritual – Oficio de Lecturas 11º Domingo del Tiempo Ordinario

Del tratado de san Cipriano, obispo y mártir, sobre el Padrenuestro
“La oración ha de salir de un corazón humilde”

Las palabras del que ora han de ser medidas y llenas de sosiego y respeto. Pensemos que estamos en la presencia de Dios. Debemos agradecer a Dios con la actitud corporal y con la moderación de nuestra voz. Porque, así como es propio del fallo de educación hablar a gritos, así,

por el contrario, es propio del hombre respetuoso orar con un tono de voz moderado. El Señor, cuando nos adoctrina acerca de la oración, nos manda hacerla en secreto, en lugares escondidos y apartados, en nuestro mismo aposento, lo cual concuerda con nuestra fe, cuando nos enseña que Dios está presente en todas partes, que nos oye y nos ve a todos y que, con la plenitud de su majestad, penetra incluso los lugares más ocultos, tal como está escrito: ¿Soy yo Dios sólo de cerca, y no Dios de lejos? Porque uno se esconda en su escondrijo, ¿no lo voy a ver yo? ¿No lleno yo el cielo y la tierra? Y también: En todo lugar los ojos de Dios están vigilando a malos y buenos. Y, cuando nos reunimos con los hermanos para celebrar los sagrados misterios, presididos por el sacerdote de Dios, no debemos olvidar este respeto y moderación ni ponernos a ventilar continuamente sin ton ni son nuestras peticiones, deshaciéndonos en un torrente de palabras, sino encomendarlas humildemente a Dios, ya que él escucha no las palabras, sino el corazón, ni hay que convencer a gritos a aquel que penetra nuestros pensamientos, como lo demuestran aquellas palabras suyas: ¿Por qué piensan mal? Y en otro lugar: Así sabrán todas las Iglesias que yo soy el que escruta corazones y mentes. De este modo oraba Ana, como leemos en el primer libro de Samuel, ya que ella no rogaba a Dios a gritos, sino de un modo silencioso y respetuoso, en lo escondido de su corazón. Su oración era oculta, pero manifiesta su fe; hablaba no con la boca, sino con el corazón, porque sabía que así el Señor la escuchaba, y, de este modo, consiguió lo que pedía, porque lo pedía con fe. Esto nos recuerda la Escritura, cuando dice: Hablaba para sí, y no se oía su voz, aunque movía los labios, y el Señor la escuchó. Leemos también en los salmos: Reflexionad en el silencio de vuestro lecho. Lo mismo nos sugiere y enseña el Espíritu Santo por boca de Jeremías, con aquellas palabras: Hay que adorarte en lo interior, Señor. El que ora, hermanos muy amados, no debe ignorar cómo oraron el fariseo y el publicano en el templo. Este último, sin atreverse a levantar sus ojos al cielo, sin osar levantar sus manos, tanta era su humildad, se daba golpes de pecho y confesaba los pecados ocultos en su interior, implorando el auxilio de la divina misericordia, mientras que el fariseo oraba satisfecho de sí mismo; y fue justificado el publicano, porque, al orar, no puso la esperanza de la salvación en la convicción de su propia inocencia, ya que nadie es inocente, sino que oró confesando humildemente sus pecados, y aquel que perdona a los humildes escuchó su oración.

Posturas y gestos - Lección y Discusión

¿Qué nos dicen las tres principales posturas del rito Latín/Romano acerca de lo que creemos?

De pie

Una postura para varias partes de la liturgia eucarística y el Oficio divino. Dado que los diferentes países tienen diferentes costumbres, las conferencias episcopales han dado directivas correspondientes a la gente. Desde tiempos inmemoriales, sin embargo, ha sido habitual estar de pie durante la lectura del Evangelio y la recitación o el canto del Credo, el prefacio, y Sanctus. Estar de pie es una señal de respeto y honor, por

lo que nos ponemos de pie mientras el celebrante que representa a Cristo entra y sale de la asamblea. Esta postura, desde los primeros tiempos de la Iglesia, ha sido entendida como la postura de aquellos que están resucitados con Cristo y buscan la cosas de arriba. Cuando nos ponemos de pie para la oración asumimos nuestra estatura completa ante Dios, no en orgullo, sino en humilde gratitud por lo maravilloso que Dios ha hecho al crear y redimir a cada uno de nosotros. Por el Bautismo se nos ha dado una participación en la vida de Dios, y la postura de pie es un reconocimiento de este maravilloso regalo. Nos ponemos de pie para el Evangelio, el pináculo de la revelación, las palabras y obras del Señor, y los obispos de los Estados Unidos han elegido el estar de pie como la postura que debe observarse en este país para la recepción de la comunión, el sacramento que nos une en la manera más profunda y posible con Cristo quien, ahora resucitado gloriosamente de la muerte, es la causa de nuestra salvación.

De rodillas

Descansando sobre las rodillas dobladas como un signo de reverencia. El Nuevo Orden [Forma Ordinaria del Rito Latín/Romano] de la misa prescribe que los fieles se arrodillen por lo menos durante la Consagración. La postura de rodillas significaba penitencia en la Iglesia primitiva: ¡la conciencia de pecado nos arroja al suelo! Tan a fondo estaba identificado el arrodillarse con la penitencia que a los primeros cristianos se les prohibió arrodillarse los domingos y durante el tiempo de Pascua, cuando el espíritu predominante de la liturgia era el de alegría y acción de gracias. En la Edad Media el arrodillarse vino a significar el homenaje de un vasallo a su señor, y más recientemente esta postura ha llegado a significar adoración. Es por esta razón que los obispos de este país [Estados Unidos] han elegido la postura de rodillas para toda la Oración Eucarística.

Sentado

La postura prescrita litúrgicamente para ciertas partes de la misa. Los fieles han de estar sentados durante la primera lectura, el salmo responsorial y la segunda lectura; durante la homilía; durante el Ofertorio (opcional); y durante el período de silencio después de la Comunión. En otras funciones litúrgicas el estar sentado es también parte de la ceremonia, por ejemplo, durante la lectura o el canto de los salmos del Oficio Divino. “Sentado es la postura de escucha y meditación, por lo que la congregación se sienta para las lecturas antes del Evangelio y también puede sentarse durante el periodo de la meditación después de la Comunión”.

Para todas las referencias:
linktoliturgy.com [buscar: El Cuerpo y la Liturgia]